

Kullancha

Por: Stefan Reich

Nuestro oficio como psicoanalistas nos enseña que para madurar, crecer y pensar se requiere de un ambiente contenedor que permita que estos delicados procesos ocurran. Así lo hacemos en el consultorio y en nuestro trabajo clínico, donde permitimos que se vaya develando una transformación ante nosotros con el fin de que los pacientes que llegan a nuestra consulta puedan vivir con mayor libertad y autenticidad. Para lograr esto, los psicoanalistas nos proveemos de herramientas teóricas y clínicas que hemos adquirido a lo largo de décadas de experiencia y de escucha. Esta forma de mirar el mundo también nos permite un entendimiento de las sutilezas en las relaciones humanas y de las grandes pulsiones que recorren los tejidos sociales. Así, a su vez, leemos la política, la literatura, la sociología, el arte y tantas otras manifestaciones de la experiencia humana desde estos prismas que llevamos a todos lados y que son parte de nuestro Ser.

En nuestra historia, muchos analistas -empezando por el mismo Freud- aplicaron ideas que provenían de nuestras canteras teóricas a otros espacios con el fin de entender dinámicas grupales y sociales, logrando así grandes avances en el entendimiento del malestar de la cultura y de la civilización. Hoy, más que nunca, y ante los embates de fuerzas antidemocráticas que rondan al mundo y que, históricamente, han tenido asidero en nuestro barrio latinoamericano, los psicoanalistas tenemos el deber de aportar nuestro conocimiento para que el abuso, la indiferencia, la discriminación, la ruptura del orden democrático y la impunidad no prevalezcan por encima de la capacidad de diálogo, los derechos humanos y la colaboración, que son las bases de toda sociedad democrática. Para lograr todo esto, se necesita de un entendimiento del otro y su alteridad, y es desde ahí que los analistas podemos contribuir al fortalecimiento de la democracia en nuestra región.

Hoy quiero compartir una historia con todos ustedes. La de Kullancha, que significa red en quechua y que lleva tejiéndose desde hace 8 años. Kullancha es una iniciativa social que nació para que los jóvenes líderes de distintas proveniencias del Perú se conozcan, se escuchen y puedan generar lazos de confianza a partir de una experiencia cercana, intensa y movilizadora.

Mi país es tierra de hábiles poetas que hacen malabares con las palabras y las metáforas en base a un gran ingenio. También es tierra de cocineras y cocineros que aúnan ingredientes y recetas de gentes de todo el planeta para producir platos originales que llegan a los estómagos de distintas personas en lugares remotos. Sin embargo, para los peruanos, tolerar a alguien distinto no es fácil de digerir. Mi país es una tierra donde las distintas voces que salen de nuestras gargantas muchas veces se pierden en el olvido debido a una política carente de instituciones que fomenten nuestra escucha. Es así que, desde nuestros inicios como república fuimos -y seguimos siendo- un país de compartimentos estancos con poca permeabilidad entre los distintos grupos sociales.

Desde esta lógica, Kullancha partió como una respuesta a esta compleja problemática peruana. Y es que la desconfianza -esa manzana podrida que corrompe nuestro tejido social- hace que pocas veces podamos salir de nuestras burbujas para realizar un emprendimiento con alguien distinto a nosotros. El resultado es una permanencia en nuestros “guetos” o “algoritmos” sociales que nutren nuestras ideas erróneas *ad infinitum*.

Las consecuencias de continuar por este camino son devastadoras. Un país que no se integra, que vive en la escisión eterna donde sus ciudadanos se desconocen, está condenado a vivir en el atraso y será siempre un caldo de cultivo para que las fuerzas antidemocráticas y populistas petarden cualquier atisbo de progreso. Esta situación, que también la viven otros países de nuestra región, nos envía directo al deterioro de nuestras sociedades y carcome la posibilidad de progresar gracias al insumo social más potente que tenemos los latinoamericanos: nuestra diversidad.

Kullancha fue impulsada por personas que no se relacionan con la política de una manera directa, pero tienen una genuina preocupación por el Perú.

La posibilidad de acercar cada vez más a los peruanos es titánica y probablemente demore algunas generaciones más en cristalizarse. Pero pensamos que un esfuerzo por lograr una mayor integración podría venir desde las cabezas, empezando por los líderes juveniles que están *ad portas* de asumir un mayor protagonismo tomando las riendas de nuestra sociedad.

Así -pensamos- si políticos, empresarios, activistas, miembros de las Fuerzas Armadas, académicos, líderes religiosos, periodistas, líderes LGBTQ+ y otros agentes de cambio social pudieran tener un encuentro cercano, íntimo y alejado de su día a día, quizá -solo quizá- podríamos pensar el Perú de manera distinta. Es decir, como un sistema -complejo e imperfecto- que necesita de todos sus habitantes para seguir construyendo una unión “lo suficientemente” buena. Un gerundio constante.

Kullancha partió como un ejercicio basado en una metodología pedagógica que experimenté por primera vez hace algunos años cuando realicé una maestría en el extranjero. Esta metodología, que toma principalmente insumos del psicoanálisis, pero también de otras disciplinas, ha ayudado a muchos alumnos a asumir posiciones de liderazgo de alto nivel en sus países de origen. Desde este lugar son más conscientes de la complejidad de las dinámicas grupales, escuchando lo que se dice (y lo que se calla), y aceptando el conflicto como un elemento fundamental para cambiar mentes y corazones. Así, el aula se vuelve un espacio transicional donde emergen dinámicas que se replican en nuestras sociedades constantemente, permitiendo que los alumnos vivan la tensión y el desequilibrio de un proceso adaptativo de cambio: los prejuicios y supuestos “del otro” son los impedimentos más grandes para progresar.

Al terminar mi experiencia académica regresé al Perú con la idea de compartir esta enseñanza. Quizá -pensé- vivir una experiencia parecida podría ayudar a mis compatriotas a construir un liderazgo más consciente en el marco de los muchos desencuentros y fracturas sociales con las

que convivimos los peruanos. En un primer programa piloto logramos que 25 jóvenes líderes peruanos de distintas procedencias, que jamás se hubieran conocido y que muchas veces se encontraban en las antípodas sociales o políticas, fueran a un hotel alejado, en Arequipa, para escucharse y aprender en un “laboratorio social” que reflejase la complejidad y la diversidad de la sociedad peruana. La primera promoción estuvo formada por personas tan diversas como la lideresa de un partido de izquierda, el gerente corporativo de una empresa de telecomunicaciones transnacional, el editor de una de las revistas de negocios más importantes del medio, un chef que usa insumos de la Amazonía peruana, una lideresa transexual, un cura, entre otros.

Desde aquella vez hemos tenido ya siete encuentros y los resultados han sido notables. El aprendizaje siempre se da con tensión, conflicto y dolor. Pero, a partir de esa experiencia, los participantes empiezan a conocerse desde su humanidad, reconociendo al otro y escuchando sus historias. En los encuentros Kullancha los prejuicios por colores de piel, ideología política u orientación sexual afloran y -al igual que ocurrió en mi clase- se convierten en obstáculos inmensos para que el grupo evolucione. En Kullancha, poco a poco y con el pasar de los días, se van derrumbando, en este sancochado que ahí se cocina, los prejuicios que tenemos acerca de alguien distinto. Al igual que este plato emblemático -una sopa que tomamos los peruanos en épocas frías y que está hecha de insumos diversos- el encuentro necesita del fuego de las emociones para cuajarse, pero también de una olla que ofrezca contención a los muchos afectos y proyecciones que implica la cocción del aprendizaje.

Como analista observo, por ejemplo, las dinámicas que emergen con asombro, cuidado y mucho respeto. En el proceso, la falta de certezas al realizar un trabajo desconocido genera angustia, temor y rechazo. Así, pienso en las respuestas grupales ante la incertidumbre y en la aterradora posibilidad de hacer frente a los estadios esquizo-paranóicos o depresivos de los que nos hablaba Bion con sus Supuestos Básicos. Frente a esto, las resistencias se fortalecen y el grupo comienza a buscar culpables por la falta de “eficiencia”. Es ahí que la autoridad empieza a ser cuestionada. Alguna facción de Kullancha se vuelve el “chivo expiatorio” de la frustración grupal y muchos participantes empiezan a preguntarse qué diablos hacen en Arequipa, alejados de sus importantes agendas, sin entender qué pasa y sin ver un “progreso tangible”.

Me quiero detener en la palabra “progreso”. Porque, como consecuencia de lo que priorizan muchas organizaciones o los modelos educativos tradicionales, el grupo constantemente busca “hacer” tareas concretas, dando así una sensación de avance, pero que nos aleja de aquello que más cuesta y duele en Kullancha: cuestionarnos a nosotros mismos.

¿Podría esto explicar los clamores en nuestros países por soluciones simples, pero donde no se tolera procesos de largo aliento que tienen mayor profundidad en el cambio social? ¿Podría esto explicar la popularidad de candidatos que prometen obras antes que interpelarnos en cómo ser sociedades más justas, más democráticas, y más transparentes? En mi país, donde la corrupción es muchas veces “asumida” como un estado natural de las cosas y como parte del

ADN peruano, esto se resume en una fórmula sencilla pero contundente: “roba, pero hace obra”.

En Kullancha, la necesidad del grupo por priorizar tareas tangibles para evitar el cuestionamiento de lo conocido se observa en la siguiente viñeta:

Participante: Ya llevamos tres horas en este taller y creo que deberíamos presentarnos dado que tú no nos estás dando ninguna dirección.

Facilitador: ¿Cuál sería el propósito de hacer eso?

Participante: Bueno, es lo que siempre se hace, ¿no?

Facilitador: ¿Y ese sería el mejor uso de nuestros recursos? ¿O quizá podríamos tratar de hacer algo distinto?

Participante: No lo creo. Pienso que deberíamos presentarnos porque es lo correcto y porque así se hace siempre.

En momentos así pienso en nuestros pacientes y en lo que observamos en el consultorio. ¿Cómo olvidar la angustia que se genera al echarse por primera vez en nuestros divanes para embarcarse en un viaje hacia lo desconocido y donde el proceso requiere pensar e interpelarse? También se me viene a la mente nuestro rol como “autoridades” del proceso clínico y en la transferencia como dinámica fundamental del proceso psicoanalítico. En Kullancha, la relación con la autoridad -al igual que la relación con nosotros en nuestros consultorios- viene con una gran ambivalencia y está plagada de fantasías, proyecciones y deseos inconscientes.

Es por ello que cuando pienso en la autoridad en un taller como este es imposible olvidar las múltiples expectativas que pesan sobre este rol en los grupos humanos. También se evidencia lo fácil que es ser seducido por el grupo y lo tentador que es dar soluciones que “agraden” a la mayoría para no pensar demasiado. Porque, en el fondo y como bien sabemos los analistas, pensar duele. ¿Será esa la razón por la cual artistas, intelectuales, o activistas son muchas veces vistos como “incómodos” por sociedades que se resisten a cambiar el *statu quo*? ¿Será por eso que muchas veces las dictaduras ven en el pensamiento crítico -y en una buena pluma- a un enemigo mortal al que silenciar?

Durante el taller, uno de los momentos que más temor me genera es cuando me resisto a darle al grupo lo que más pide y añora: certezas y respuestas técnicas. En Kullancha, temas de género, raza, clase social, afiliación política y orientación sexual son “nudos” latentes que toman algo de tiempo en salir. Pero, al abrirse, emergen como volcanes furiosos que generan desequilibrio y donde el grupo rápidamente clama orden y pide una autoridad firme que zanje el conflicto. Es también ahí que la tentación populista me invade con fuerza. Mi popularidad se desploma y mi incompetencia sube. Así, empiezo a sentir que sería mucho más fácil ofrecer

una receta “benigna”: dar un discurso largo, motivacional y vacío. Pero sería interrumpir lo que empieza a darse en esos instantes con desequilibrio: un cuestionamiento, un nuevo pensamiento y una evolución. Mi mirada como psicoanalista me sostiene en momentos como estos y pienso en la demanda de muchos de nuestros pacientes cuando exigen un direccionamiento claro en el análisis antes de tolerar la incertidumbre del descubrimiento en el tratamiento.

Kullancha me lleva a pensar en el poco liderazgo en nuestras sociedades y en las complejidades en un mundo cada vez más incierto y narcisista como el actual. ¿Será que en estos pequeños espacios ya se observa lo seductor que es caer en políticas facilistas, recetas falsas, mentir, y ofrecer “pan y circo” cuando las autoridades se sienten perdidas y sin recursos para seguir adelante? ¿Será que estas pequeñas dinámicas explican el incremento de los Trumps, Bolsonaros, Orbans y Johnsons ante el desequilibrio social que genera vivir en un mundo cada vez más “líquido” como nos diría Zygmunt Bauman?

¿Y qué hay de nuestro rol como psicoanalistas latinoamericanos en medio de un contexto así? ¿Será que uno de los aportes más importantes que podemos brindar es el de contribuir al tejido de un amplio manto social, que requiere de la integración de posturas, y del cuidado de dinámicas casi imperceptibles para muchos ojos que no cuentan con los prismas que llevamos?

Creo, queridos colegas, que nuestro rol como “personajes bisagra” en nuestros países será cada vez más necesario en un mundo incierto, donde la necesidad de pensamiento será fundamental para ayudar en nuestra convivencia con fenómenos cuyas consecuencias aún no conocemos. Las migraciones masivas, los avances en la Inteligencia Artificial, la virtualidad, la presencia de las redes sociales, son solo algunos de los desafíos que requieren espacios para pensar de manera conjunta y valiente para así poder llegar a soluciones innovadoras y creativas. Los analistas tenemos herramientas para zurcir ideas, mentes y afectos. Ese aporte es inmenso en un mundo donde no hacerlo nos deja indefensos frente a esos tristes fantasmas que están tan presentes en nuestra historia latinoamericana: el autoritarismo y la demagogia.

Pero vuelvo a la volcánica Arequipa. Porque Kullancha es una pequeña iniciativa que apunta a tejer afectos y donde un tejido hecho con cariño se llega a traducir en acciones de cambio. A partir de ese encuentro -humano y real- se dan iniciativas entre personas desconocidas de manera conjunta. Un ejecutivo de una transnacional desarrolló una plataforma de ayuda social con otro miembro que conoció en Kullancha y que hoy ha ayudado a miles de peruanos. Una activista gay fue promocionada por un empresario de transportes que creó una campaña de concientización de las minorías sexuales en un mundo de motores típicamente homofóbico. Dos congresistas de bancadas distintas y que eran feroces opositores, empezaron a trabajar de manera conjunta en la comisión de constitución del Congreso porque entendieron que tenían que colaborar para poder lograr resultados conjuntos. Una militante congresista de izquierda conoce a un banquero de inversión y se empiezan a consultar mutuamente y de manera regular antes de tomar medidas complejas en sus respectivos universos. Y los ejemplos continúan...

Kullancha es, en el fondo, un experimento social en marcha y, por lo tanto, la pregunta que siempre me da vueltas es, ¿cuánto tiempo más podrá durar? Honestamente, no lo sé. A la fecha, esta comunidad cuenta con peruanas y peruanos de “todas las sangres” y entre los “kullanchos” la agenda es una sola: tratar de componer el Perú desde su diversidad. Nos une un inmenso cariño por el país y esta representativa comunidad es un hálito de esperanza en la complejidad.

Proyectos como Kullancha han tenido asidero en otros espacios en el Perú. La Universidad del Pacífico, por ejemplo, quizá la institución más conocida en negocios y economía empezó a apostar por cursos de liderazgo con una mirada similar: donde el aprendizaje se da -como decía Bion- desde la experiencia y experimentando en un laboratorio social. La escalabilidad, y lograr que este “aprender haciendo” llegue a más personas es, en definitiva, uno de los grandes retos de Kullancha. Pero, honestamente, no creo que haya otra manera de aprender un ejercicio tan complejo como el liderazgo. Ya Freud nos hablaba de las profesiones imposibles: la política, el psicoanálisis y la docencia. En Kullancha confluyen las tres y quizá es por ello que me apasiona tanto: por tener que enfrentarme a diario a la idea de intentar hacer posible lo aparentemente imposible

Referencias bibliográficas

BAUMAN, Zygmunt (2009): *Tiempos líquidos: Vivir en una época de incertidumbre* (trad. Carmen Corral) (2a. ed.). México: Tusquets.

BION, W.R. (1961): *Experiences in groups and other papers*. New York, Basic Books, Inc.

FREUD, Sigmund (1930): *El Malestar en la Cultura*. Buenos Aires, Amorrortu 1986.

HEIFETZ, Ronald (1994): *Leadership without easy answers*. Cambridge, Mass: Belknap Press of Harvard University Press